ESTRELLAS CAÍDAS DEL CIELO

Dando grandes zancadas Cocoliso subía la calle de Alcalá junto a Fraile camino del Retiro. Se ayudaba con un bastón blanco y pisaba fuerte con sus zapatones de colores distintos, uno blanco y otro negro. Vestía un abrigo gris de paño largo hasta los pies y le colgaba del hombro un capacho donde acarreaba algunos cachivaches del oficio: un tarro de maquillaje, un pequeño taburete plegable y un hongo de fieltro blanco avejentado de tanta espera a la intemperie. Además, siempre llevaba una camiseta, unas mallas, calcetines blancos y también algunas bolsas de plástico para guardar las boñigas de chucho que recogía.

—¡Fíjate! —gritó Cocoliso de repente, señalando su hallazgo con la punta afilada del bastón.

Fraile dio unos cuantos ladridos de sabueso y se puso a dar vueltas fugaces a la boñiga batiendo incesantemente su rabo de pelo blanco. Cocoliso lo siguió dando saltos cortos y largos como un saltimbanqui.

—¡De gato! ¡De gato! —repetía celebrando el hallazgo.

Tras varios intentos fallidos, la boñiga quedó finalmente ensartada en la punta del bastón. A continuación, sacó del capacho una bolsita de plástico con la que se envolvió la mano para recoger limpiamente el trofeo. Alzó la bolsa en el aire con manos temblorosas y escrutó meticulosamente sus cualidades: forma de croqueta, textura quebradiza, y color café con leche.

—¡Fraile, qué suerte! —exclamó divertido guardando el preciado trofeo en el capacho mientras Fraile, jadeante, mostraba sus colmillos amarillentos y la lengua roja y húmeda—. Ya sé que es difícil creer que caigan del cielo —añadió como si Fraile hubiera mostrado alguna incredulidad.

Al llegar al Retiro, Cocoliso se dispuso a comenzar su jornada de tarde y dejó el capacho y el bastón sobre el mismo banco de piedra de todos los días. Se quitó el abrigo y colocó su hongo sobre la arena del paseo para recoger los donativos del público. Desde los tobillos hasta el cuello, su cuerpo estaba cubierto con una malla tan blanca como la leche. Acto seguido, se sentó para descalzarse los zapatones y se puso unos calcetines blancos. Finalmente, Sacó el tarro de maquillaje y se untó de blanco toda la cabeza tratando de disimular las arrugas y los cuatro pelos que todavía le quedaban.

—Sé que te encanta el Retiro —le dijo a Fraile.

Cocoliso respiró profundamente mientras contemplaba el estanque sembrado de barcas y el paseo abarrotado de niños y mayores. Acabó de darse los últimos

retoques de maquillaje en sus manos, el cuello y la cabeza. Cuando todo su cuerpo alcanzó un blanco casi marmóreo, puso el taburete en el paseo, junto al hongo, y se subió en él de un brinco. Llevaba ya muchos años representando el David de Miguel Ángel. La ejecución de su *contrapposto* era de tal perfección que Fraile acostumbraba a ladrar a la falsa estatua con la sana intención de revivirla.

—¡Calla, Fraile! —le cuchicheó sin dejar de mirar de reojo a ambos lados del paseo—. Soy yo. ¿No lo ves?

Fraile no le hizo ningún caso; siguió ladrando durante un buen rato hasta que, cansado, se sentó sobre sus patas traseras, calló y se mantuvo a la expectativa. Cocoliso intuyó que algo ocurría y enseguida advirtió que un niño lo miraba.

—Mamá, mamá, ¡corre!

—Es sólo un mimo —le advirtió su madre.

Cocoliso permaneció inmóvil mientras a cierta distancia la madre le daba una moneda a su hijo. Éste se acercó con mucho recelo y la arrojó dentro del hongo. La estatua giró levemente la cabeza. Su mirada, tan agradecida como enigmática, se dirigió hacia los ojos del niño, que se asustó y salió corriendo. Entonces, Fraile empezó a resoplar con ganas mientras la estatua animada volvía a su posición inicial como un resorte.

—¡Calla, Fraile! —le susurró otra vez—. Si sigues así, no se acercará nadie más.

Sin embargo, y pese a la falta de colaboración de Fraile, se acercaron algunas familias que dejaron unas cuantas monedas. Ante las miradas de los paseantes del parque, Cocoliso no tuvo más remedio que aguantar su figura inmóvil de David incordiado por los molestos ladridos de Fraile. No aguantó mucho. Hacía algún tiempo que, al cabo de un rato, sus manos se volvían temblorosas, así que decidió abandonar. Se bajó del taburete y recogió las monedas con la boca retorcida y el entrecejo fruncido.

—Cada vez recaudamos menos, así que me temo que esta noche no habrá cena —Fraile ladró interrumpiéndole—. Oye, tendría que enseñarte. No conozco ningún perro mimo. Tú serías el primero. Nos pondríamos de blanco los dos, un blanco mucho más blanco que el de tus lanas, y todo el mundo vendría a vernos. Nos haríamos ricos.

Después de calzarse los zapatones echó mano al tarro de maquillaje. Aunque sabía que enfadaría al animal, empezó a tiznar su cabeza casi pelada. Fraile cabeceó, movió el rabo y emitió sonoros ladridos haciendo que Cocoliso diera un fuerte

resoplido de rendición y se acercara resignado a la fuente para lavarse. Mientras se frotaba con la toalla, Fraile corría detrás de una perrilla.

—No haré carrera de ti, chucho testarudo —refunfuñó.

Cuando Fraile regresó, se dirigieron a la salida del Retiro para iniciar el camino de vuelta con los ojos bien abiertos en busca de boñigas. Al llegar a la Plaza Mayor Cocoliso se enfrentó a una de las columnas de los soportales y estiró los brazos con las manos abiertas. Se impulsó contra el suelo dando media voltereta en el aire hasta que logró apoyar las suelas de sus zapatones contra la columna. Permaneció bocabajo, sobre las palmas de las manos. Algunos chavales se arremolinaron y se quedaron mirando divertidos.

—Al revés sois mucho más feos —les dijo—. Tenéis dos pequeñas cabezas y dos cuellos muy largos.

Para su disgusto, otra vez sus manos se volvieron temblorosas. Fraile pareció darse cuenta y empezó a lamer la cara de su amo haciéndole perder el equilibrio. Cocoliso cayó sobre sus pies, pero rio satisfecho: un día más había podido hacer el pino. Más tarde, tras caminar un largo trecho y cruzar el río, penetraron en un vericueto de estrechas calles hasta alcanzar un descampado que solía estar salpicado de boñigas. Cocoliso recogió unas cuantas más que acabaron en el capacho, hasta que de repente se quedó de pie mirando al cielo con los ojos húmedos. Había una pequeña ermita a pocos metros. Aún era de día.

—¿Sabes lo de mis temblores? El médico me ha dicho que tengo una enfermedad que no se cura. Una de nombre muy raro.

Fraile emitió un ladrido lastimero y Cocoliso se mantuvo en silencio hasta que alcanzaron la puerta de la ermita. Como era habitual, Fraile se dedicó a ladrar a los exvotos amontonados unos sobre otros en el pórtico.

—Ya ves, qué enfermedad más rara. Preferiría que me amputaran un brazo, o incluso una pierna. ¿Te imaginas que me convirtiera en una estatua manca o coja como las que hay en los museos? Seguro que sacaríamos mucho más dinero.

Bajo la poca luz que quedaba alcanzaron su chamizo, una humilde construcción con cuatro tabiques de ladrillo semiderruidos y unos tablones de madera cubiertos de uralita. En la lejanía se oía un murmullo de voces y cánticos procedentes de unas chabolas. Al rato cayó la noche, y Fraile se puso a roer con tesón un hueso de pollo que había encontrado. Junto a la vivienda había un cubo de plástico. Cocoliso sacó la bolsa del capacho y echó las boñigas del día en el cubo, que todavía estaba a medio llenar.

—¿Ves las estrellas? Allí, Fraile, allí arriba.

Fraile se desentendió del hueso por un momento, husmeó el aire de la noche y dirigió unos ladridos al cielo. Su amo se tumbó boca arriba sobre los hierbajos y continuó hablando.

—Imagínate poder saltar de una estrella a otra.

Fraile se acababa de acurrucar junto a Cocoliso. Éste le acariciaba la cabeza con su mano, aún temblorosa, mientras le hablaba. El anochecer oscurecía las lanas de Fraile y dejaba en el aire un olor a estiércol y a carbón quemado.

—¿Sabes? Hay millones y millones de estrellas, pero sólo brillan cuando están en el cielo. Cuando se apagan, caen sobre nosotros convertidas en boñigas. Tenemos un inmenso tesoro, Fraile.

Fraile saltó y fue corriendo hacia el único árbol de alrededor; se agachó ligeramente y ahuecó sus patas traseras adoptando una figura un tanto ridícula. Al terminar de defecar levantó la pata derecha y regó la boñiga con orina. Luego, se quedó mirando su estrella mojada sin parar de menear el rabo.

—Sí, ya sé —dijo su amo resignado—. ¡Qué difícil es creer que caigan del cielo!

Cocoliso siguió allí tumbado, mirando las estrellas que empezaban a brillar sobre el firmamento. Se enjugó con el dorso de la mano algunas lágrimas que corrían por sus mejillas. Fraile regresó y se acurrucó otra vez junto a él buscando sus caricias.

—Nunca pediré limosna, Fraile —le aseguró antes de levantarse y entrar al chamizo.

Fraile se quedó dormido al raso toda la noche. Despertó con las primeras luces del día y ladró llamando a su amo. Cuando entró a buscarlo, sus ladridos se apagaron. El animal no tardó en salir y volver a ladrar. Esta vez, al cielo.